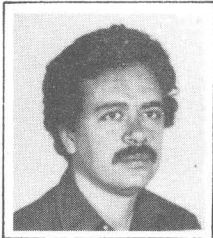




POR SI SIRVE PARA ALGO



**Víctor
Ramírez**

A Isaac de Vega, autor de "Fetasa" y "Parhelios"

No podría decir con Juan Rulfo, así de sencillo, que "la gran novela de acá podría hablar de otra cosa que no sean la miseria y la ignorancia". Y añadiría uno: "con remordimiento", como dicen que él mismo dijo cuando le preguntaron qué sentía cuando escribía. Tal vez por eso, por remordimiento, dejó de publicar el gran escritor mexicano, lo que nos resulta comprensible a éste y a uno. Sin embargo no entiendes cómo Rulfo se queja: "una de las razones de que no haya literatura en Hispanoamérica (uno diría en Canarias, más humildemente soberbio) es porque aquí el escritor no tiene sus problemas elementales". Claro que hablas, escribes, de oídas o leídas. Pero dicen que lo dijo, y hasta uno echa rejos al mismo tópico cuando te preguntan por qué no escribes más y cosas de ésas. "Falta de convicción, de fé, pues que me dá vergüenza, cobardía", respondería uno, "porque me da remordimiento ante la inutilidad de la literatura, puro onanismo intelectual". ¿Tú crees? Y uno, inseguro siempre, no acaba de creérselo y se maltrata llamándose gandul. Claro que no respondes eso. Uno responde que no tiene tiempo, que hay una familia que mantener, algo más o menos, y luego se autodisculpa leyendo lo que sea y diciéndose: ¿lo ves? ¿para esto vas a escribir? ¿para hacer de riendas con tus escritos a los hambrientos de honestidad y justicia? Y tampoco te lo crees al día siguiente o pasado mañana, y vuelta a empezar. Es que uno siempre ha simpatizado, simpatiza, y creo que no por masoquismo o regodeo con la miseria, con los escritores, con los artistas de ésta, de la miseria. Y a eso se debe de seguro la admiración afectuosa y compadrera que sientes por Rulfo o Revueltas o Guimarâes Rosa: "los pobres son árboles que cogen polvo a orillas del camino", escribió este y uno al leerlo acalla su espíritu y baja los ojos del alma, avergonzado ante la horrible verdad dicha con tanta belleza. Porque la belleza de lo horrible sólo avergüenza, y nada más no te encorajina ni te enerva, sólo te avergüenza si te agarra en horas bajas y más nada, que en las horas normales, las tibias, te resbala, ni te enteras. Por ello dice uno que siempre ha tenido y sigue mante-

niendo esa gran debilidad por la canción popular o populachera, término no despectivo por supuesto, mexicana, por la ranchera y el corrido y el huapango. Por ello atiborras de discos grandes de mariachis y cancioneros charros ese roperillo sin puerta que arrinconaste en el cuarto de escribir. No se cansa uno de oír montones de veces los mismos cantares, y no busques explicaciones, que no merecen la pena. Cierta vez alguien te pregunta que por qué esa afición casi patológica por esa música tan chabacana, y uno sonrío y sólo acierta a responder eso tan manido del gusto y de los colores o cosas de tal estilo. Más en tí, y en la soledad, piensas, recuerdas, sueña uno. Me gustan, sí, porque sí, y porque uno ha creído ver en ellas, en las canciones mexicanas, mucho de retrato de la llamada personalidad social fatalista del canario vecino, del canario barriero con quien has convivido casi desde que saltaste de la cuna. ¿Fantasías?, seguro, como todo, y gracias a ellas, a las fantasías. Y porque uno aprendió a lo bruto que no hay palabras mal dichas ni palabras mal comprendidas, y que éstas, las palabras, son el único exponente que nos queda de una importancia ya sin rabia, mansa, con resabios de hombría rota, de machismo inútil y trágico, de eso que uno llama apatriado a la fuerza y sin remedio, el pecho inflado y la mirada altiva cuando no te vea el dueño. Quizás esté ahí mi apego y mi cariño hacia José Alfredo Jiménez, muerto cuatro años hace, y del que aún podemos oír ese orgullo desheredado en la canción "El rey", ésa que casi todos taranean y que tan profundamente refleja, para quien quiera verlo, esa altanería vidriosa del apátrida, ese canto del machacado antes de que acaben de aniquilarlo. Así son casi todas sus canciones: amor de pobre del que nada pierde porque nada tuvo, y hasta paradaja, abonece de vez en cuando el poderío económico. "Es mi orgullo haber nacido en el barrio más humilde..." como si fuera una losa vergonzante no ser pobre, y ¿para qué? "pa cantarle a la pobreza sin sentir ningún dolor". Uno escuchaba esta y otras canciones desde niño, y cundo niño fueron las mejores lecciones, y dices mejores porque eran las únicas que uno aprendió de veras, y porque eran las que te ayudaban a interesarte un poco por las otras, por las lecciones oficiales y odiosas. Sí, uno debe mucho a la canción mexicana, a la populachera y nada panfletaria canción mexicana, y nunca sabrás agradecer a esos maestros, ignorantes de su cometido, que, a través de sus composiciones, iban guiando el lápiz o la estilográfica de uno, que, además de al fútbol o a los equipos de chapas, jugaba a confeccionar corridos para cantar el hermanito que se dormía, que se dormía. Juan Rulfo, Guimarâes Rosa, Pepe Revueltas, José Alfredo Jiménez... nombres que con tantos otros y desde todos lados van formando ese caos coherente en que te continúas convirtiendo. Son consuelos. Por cierto ¿no dice alguien que la vida es pura búsqueda de consuelo? Pero a veces alguien se equivoca, como don Miguel, de Unamuno, que al final comprendió, ya próxima su muerte y sabedor de lo que iba siendo la guerra, y dicen que dijo a un no sé si amigo: "fui uno de aquellos que deseaban salvar la Humanidad sin conocer al hombre". Cuestión de letras mayúsculas al inicio de las pa-

POR SI SIRVE PARA ALGO

labras, don Miguel, le diría uno; y, a lo peor, el buen cascarrabias se calentaba y todo, excátedra por supuesto. Digan lo que digan, la vanidad es la más sincera de las virtudes, no cabe duda, y además, confíesalo, hasta valiente, casi temeraria. Dios tiene que amar con predilección a los vanidosos porque son humildes y mansos de corazón.

Lo que ocurre es que no sabemos ver a través de su frágil y transparente careta de fatuidad; tú me entiendes. Y uno acepta que no hay nada más triste que ser tuerto en país de ciegos, porque no será el rey, ni lo sueñes, sólo serás el loco y mejor suicídate, que muchas formas hay para ello. Volviendo a antes del principio, "Parhelio", si consultas el diccionario, es un fenómeno meteorológico poco común, es un fenómeno que consiste en la aparición simultánea de varias imágenes del sol reflejada en las nubes y de forma simétrica. Uno nunca ha presenciado ese meteoro liminoso, al menos en sentido estricto. Pero terminaste de leer el pasado día de Reyes una novela corta y profunda, desesperante y dulce, con la dulzura amarga de la sonrisa del que tiene el castigo de saberse tuerto en país de ciegos. Uno siente gran afecto por el autor de "Parhelios", pero uno ha estado charlando con el y entonces temes no sabes y sí sabes qué. Y uno teme porque ese con el que conversas es de los que saben, es de los que saben y miran y ven; por eso teme uno, con respeto y sin amagos de rebledía. Es entonces, ante el "Parhelios", cuando vuelves a anegarte de una tristeza mansa y enorme, una de estas *tristezas* que siempre acaban con la pregunta ¿la Humanidad? y no llora uno porque ni a llorar nos enseñaron. Y quisiera, en contra de la demagogía y de la caridad, y quisiera uno enseñar las manos, así, las palmas arriba, lisas, sis callos demagógicos, así y sin presunciones. Uno se queda agrio, Isaac, y es entonces, cuando uno se queda tristón, agrio, y es entonces cuando simula uno con afecto la alegría, es entonces cuando simula uno con afecto la alegría, es entonces cuando uno intuye que sólo se ama sordamente, que hombre sólo y siempre se escribe con la grandeza de la minúscula, y que el fenómeno parhelio no es hermoso, que en el fondo aterra y nos obliga a trincarnos a los sucedáneos de la valiente vanidad humilde, a las miserias de un trabajo, de una familia que mantener, de un pizco de algo en la tienda de Domingo con los amigos del barrio y hablando casi siempre de fútbol y de política, que es lo mismo al cabo. Porque uno es cobarde y está desclasado, y no puedes hacer valer vanidad alguna. Y a seguir de cómplice en la castración moral ¿y por qué no también física? de los educandos a tu cargo, que para eso sí que nos educaron y para eso sí que nos pagan ¿o no?. Impotente, desarmado y sin alma para desear armarte, cerrando los ojos, y así equipararte a los ciegos, para no ser loco y poder ¿vivir?. Y al final uno volverá por enésima vez a repetirse que solamente en cuestión de echar tripas al asunto y esfumarse tras un libro, bajo el sonsonete de una canción turbadora, frente a una máquina de escribir, con una copa en la mano y el corazón constreñido ante la hermosura de tanta mujer bonita. Sí, solamente es cuestión de echarle tripas, aceptar el miedo y agarrar la valentía de cruzar ese desierto

Parhelios, donde uno a veces y fugazmente se rescuentra confundido con la tierra y se reconoce por unos instantes para enseguida volverse a ovidar de quién fuiste.

Sí viene al caso recordar que, para los más prestigiosos ensayistas de aquel país, el drama del hombre mexicano es el haberse creado enraizadamente una personalidad ficticia que, es lo grave, acaba aceptando por la única real. Y uno, como ha quedado dicho, y repite que por vericuetos mágicos, y uno siente simpatía, supongo que falseada como todo, por lo mexicano. Y a lo mejor va y resulta que por concomitancias de esas realidades falsificadas entre el humano canario conocido de por vida y el humano mexicano trasconocido a lo largo de canciones y escritos. Vete a saber. Porque si no es ficticia la realidad que los canarios no hemos tenido más remedio que ¿crearnos?, no sabes qué será imaginario con tanta realidad. Y para mayor encono vas y ve uno cuán poco interés hay por romper el caparazón de mierda que la ¿historia? nos ha endosado y con que acomodo seguimos llevando. Y todos, para mayor gloria nuestra, con la suspicacia del ciego deslumbrado, por si quieres apurar la exageración no ficticia. Y muchos, muchísimos, con el placentero y temeroso deseo de que surja otro lazarillo uniformado y bien pertrechado, más ciego aún pero deslumbrante, a que nos siga guiando con paso firme hasta lo más hondo del abismo, y a lo mejor hasta por la gracia con mayúscula de ¿Dios?. Para eso Nicolás Estévez, un canario sin chauvinismo y como único puede ser el canario para empezar a buscar su identidad. Nicolás Estévez nos presta su palabra para recordar que "antes que la patria están la humanidad y la justicia". Si no partimos de aquí, hasta nuestros fósiles serán ficticios, que ya es decir; y aprendiendo a desaprender con su palabra volvamos a recordar sus "Memorias": "Hasta para delinquir invocaban el honor de España". Don Nicolás se refería a la colonización en Cuba, punto. ¿Y cómo no apreciar a este principio de identificación canaria que fue don Nicolás en el detalle ese de darse de baja en la masonería, tras asistir a varias tenidas, porque (son sus palabras) allí se tenía que considerar hermanos a seres cuyo trato no le puede convenir: a príncipes y reyes? Hoy Estévez añadiría otros tipos de seres. Leer, leer, decir, decir, callar, callar: consuelo para la importancia, que quien se consuela es porque ni lo dejan. Y parafraseando a Pepé, volveremos a creer que creemos que hubimos creído que creíamos que habíamos creído que nunca creímos que alguna vez creeríamos. Con lo único que no puede falsearnos: la incoherencia. Por si sirve para algo, por si sirve para algo, a trece de enero de mil novecientos setenta y ocho y de noche.